EL INSTRUCTOR

PERIODICO CIENTIFICO Y LITERARIO.

FUNDADO EN 1884, BAJO LA DIRECCION

—DEL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Académico corresponsal de la Academia Mexicana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, correspondiente de la Real de Madrid; Socio Honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; Miembro corresponsal de la Sociedad Mexicana, de Historia Natural; Miembro corresponsal de la Royal Asiatic Society of great Britain and Ireland, &, &.

SECRETARIO DE REDACCIÓN,

Alejandro V. del Mercado.

AÑO XV. Aguascalientes, (México,) Septiembre de 1898. NUM. 5.

La REDENCION del BRAHMAN.

Novela por Richard Garbe.
Traducida para "El Instructor" por J. González.
Publicada en inglés por The Religion of Science Library.

IV.

La MUERTE de la VIUDA.

(Continúa.)

—Los sahibs son diferentes de nosotros—replicó Ramchandra—hemos vivido desde los tiempos más remotos como si no existieran otros países ó pueblos. Realmente no hay, sobre la faz de la tierra, ningún otro pueblo como el nuestro, escogido de Brahma, desde la creación. Pero en los Sahibs hay un fuego destructor que los arrastra á buscar en los más ocultos rincones de la tierra, sujetándolos á su poder. Creo gobiernan ahora á casi todo el mundo y buscan caminos que lleguen á las estrellas para conquistarlas. Pero no sólo desean *poseer* todo, sino también, los mejores de entre ellos, desean *saber* todo.....todo lo que es y lo que fué.

—Sí, es verdad—afirmó Krishnadas—son personas admirables, y algunas han dado á nuestra tierra cosas buenas.

Lakshman frunció el ceño; veía que en la casa de su antiguo amigo se presentaba el espíritu de una nueva época, al cual él estaba en abierta pugna.

Pero Ramchandra insistió en volver al punto de partida de la conversación acerca del magistrado inglés, y dijo:

—Al principio yo no quería consentir en que se me pagasen mis servicios por este extranjero, quien, á decir verdad, se dedicaba con noble sed de conocimientos á nuestra filosofía. Pero entonces pensé que no debía perder esta oportunidad de devolveros, Krishnadas, lo que me habéis prestado tan generosamente; y así; tomad su dinero. Es el primero; no es mucho.

Al decir ésto entregó una bolsa á Krishnadas. Este lo miró con admiración.

—Me ofendes, Ramchandra; has de saber que yo no presto dinero, y menos á tí. Pon otra vez tu dinero en tu bolsa y nunca vuelvas á hablarme de ello.

Ramchandra replicó enrojecido por el rubor:

—Krishnadas; no me avergüences. ¿Qué debo hacer con este dinero? Ya tengo suficiente para lo que necesito. Y un soltero como yo debe acumular riquezas?

—Entonces puedo aconsejaros–interrumpió Gopa sonriendo.—Vé, Ramchandra, á llevar tus ganancias al bazar donde se venden los libros, tan grandes y tan gruesos que los pobres mundanos se asustan á su vista.

Ramchandra dirigió á Gopa una mirada de gratitud pues había adivinado su mayor deseo.

—¡Oh, cuánto os agradezco, buena y noble joven! ¡Ah, cuántas veces me ha podido que los vínculos del linaje me impidan acercarme más á vos como mi corazón lo desea!

Krishnadas hizo un signo de aprobación diciendo:

—Sí, sería deveras un gran placer, Ramchandra, que pertenecieras á nuestra familia, sin estar obligado á no admitir los alimentos de nuestra casa. Entonces serías admitido á nuestra mesa, y habríamos convenido en darte á Gopa en matrimo-

nio. Estaría entonces más seguro del porvenir que como lo estoy ahora.

Un rojo vivo encendió las mejillas de Gopa con estas palabras. Pero la confusión que la había sobrecogido fué pronto reemplazada por un sentimiento de horror, porque en el cuarto adjunto se oyó una voz lastimera que se hacía cada vez más perceptible. Un momento después entró la enferma Lilavati, vacilante y apoyándose en los pilares. Sus mejillas estaban hundidas y sus apagados ojos se fijaban indecisos. Cuando Krishnadas y Gopa se apresuraron á detenerla, hablaba con fatiga y dificultad, lanzando á cada palabra gemidos de dolor:

—No pude permanecer más tiempo en mi cuarto.....Al despertar estaba tan asustada, tan horriblemente asustada.....Veía que se me acercaban demonios infernales con horribles garras..... reían espantosamente diciendo.....que hoy era mi boda.....que Mrityu, dios de la muerte, venía á casarse conmigo.....¡Oh, Krishnadas!.....

Con un grito de espanto la febricitante se arrojó en los brazos de su hermano, que procuraba tranquilizarla, mientras Gopa retorcía sus manos con desesperación.—¡Oh, me estoy quemando! ¡Krishnadas, Gopa, dadme de beber!

Krishnadas hablaba con vacilación.

—¡Pobre Lilavati! Querida hermana, ahora es para tí día de ayuno.

—¿Qué dices?—gimió la enferma—¿día de ayuno? Sí, es verdad. Dime, Krishnadas, cuánto durará este día?

—Ocho horas, Lilavati.

—¡Ocho horas todavía!—repitió con un agudo grito—No, yo no puedo soportarlo.....Siquiera una gota hermano.....no os pido mas que una sola gota.

Con gran dominio sobre sí mismo Krishnadas le ordenó que desechara su deseo.

—Lilavati, querida hermana, reflexiona. Tu vida entera has observado las leyes de la viudez como ninguna otra viuda. Todos esos años has hecho lo que Purohit manda. Era un consuelo para nosotros que por tu observante conducta merecieras las mayores felicidades en la otra vida. Piensa, amada Lilavati; cuando te repongas, te reprocharás y nosotros más amargamente por haber cumplido tu deseo.

—En la otra vida—dijo Lilavati después de una pausa—en la otra vida has dicho, Krishnadas. ¿Y si no hay otra vida?

Un estremecimiento agitó á todos los que estaban presentes. Sólo Ramchandra murmuró:

—Oh, si fuera verdad lo que dice la enferma! ¡Qué dádiva sería para todas las creaturas que no están agoviadas por tan penosas vidas!

Lilavati trató de incorporarse, buscó algo á tientas y lloró.

Gopa, Krisnadas.....me dejaréis morir así..... vosotros.....vosotros.....así me agradecéis..... todo lo que os he hecho por tantos años.....así me agradeces, Krishnadas, el haber yo elevado á Gopa á la categoría de mujer noble y digna..... —Su voz desfallecía, su respiración se convirtió en estertor, y comprimía convulsivamente con sus dedos sus ardientes labios. Al mismo tiempo exclamaba con voz ahogada:—¡Agua.....agua!

—No puedo sufrir más tiempo, padre—dijo Gopa—no, quiero traerle agua.

—Gopa—contestó Krishnadas—no te lo impediré.

El joven Brahman apenas daba crédito á lo que oía; Gopa se apresuraba á pasar cuando él, con un movimiento rápido se interpuso en su camino exclamando:

—Gopa, infeliz, qué vas á hacer? ¿Es para tí el deseo de una mujer enferma mayor que los decretos de los dioses?

Pero Gopa con una mirada burlesca contestó:

—¡Tú hablas así, Ramchandra, tú, á quien yo creía bueno.....y aun mejor que los demás hombres! ¿Tienes el corazón de piedra? ¿No te conmueve su miseria? La tierra no ha visto mayor miseria. ¡Lo más íntimo de mi alma está atravezado por mil espadas, y tú me predicas sobre la voluntad de los dioses!

Ramchandra estaba á su lado; tomándola de un brazo le dijo con mal reprimida cólera:

—No sabes lo que dices.

Pero ella salió y al poco rato volvía con un jarro de agua de la pieza vecina. De repente se detuvo como petrificada; sus brazos cayeron pesadamente; el Purohit estaba á la puerta.

—¡Mi bendición sea con vosotros!—resonó su potente voz. Acabo de celebrar el oficio divino en vuestro templo.—Se detuvo mirando con admiración á los que le rodeaban.—¿Qué es esto?

Débilmente se oyó la súplica de Lilavati desde su cama:

—Agua.....sólo una gota de agua.

Y Krishnadas señaló á la enferma diciendo:

—Mirad, digno sacerdote, la desventura de mi hermana, de mi única hermana.

—Realmente es triste—replicó el Purohit—pero es su día de ayuno. ¡Ah! ahora comprendo el horror que se nota en vuestros rostros. Te he vis-

to, Gopa, con un jarro en la mano. Mujer ciega, arrojas sobre tí y sobre Lilavati tan tremendo crimen?

Cada vez más débil se escuchaba el grito de la moribunda:

—¡Agua, agua!

Entonces Gopa, recobrándose, pasó junto al Purohit exclamando:

—¡Sí, con cualquier crimen del mundo, con tal de poder aliviar esta angustia.

Pero al acercarse á Lilavati, un poder más alto había terminado para siempre el indecible sufrimiento de la viuda. Gopa cayó sin sentido sobre el lecho, y los hombres estaban profundamente conmovidos. Sólo el Purohit habló con solemne calma:

—Bien para ella que muere sin quebrantar la ley divina; en cuanto á tí, Gopa, debo imponerte una penitencia.—Diciendo ésto salió del cuarto.

Pero Krishnadas levantó con fervor sus manos al cielo exclamando:

—¡Oh, grandes dioses, quitadme, si queréis, todo lo que tengo.....pero concededme sólo una cosa.....la vida del marido de Gopa!

V.

LA FIESTA DE DURGA.

Era el día de la gran fiesta de Durga, que generalmente se celebraba en el renovado templo en la parte Sur de Benarés, fundado en el siglo precedente por una piadosa reina, y llamado desde entonces el templo del mono. No sólo el edificio mismo, sino también las orillas de la circunvalada cisterna que estaba cerca de él, estaban llenos de varios miles de monos que gritaban y chillaban saltando alegremente, conocedores del respeto que se les tenía, y tomando el alimento que recibían de los fieles Hindus. Si una persona se hubiera atrevido á matar alguno de aquellos monos, hubiera sido culpable de un crimen contra la temible diosa, y debía esperar la pronta venganza de un pueblo excitado. Sólo el gobierno inglés había tenido recientemente la energía suficiente para alejar la gran masa de monos y confinar el resto al interior del templo. Altas y lisas paredes, formando un cuadrado rodeaban el lugar santo; el lado de la entrada principal está señalado por una media esfera en el centro y una cúpula en cada esquina. Por un pequeño portal se pasa á un pórtico ó vestíbulo, soportado por doce columnas estriadas, y de allí se llegaba por algunos escalones al templo en que se celebran los sacrificios. En el centro estaba el templo propiamente dicho, obra de arquitectura extrañamente intrincada, en que se encuentra la horrible imagen de Durga ávida de sangre. En perfecta armonía con el carácter de la diosa todo el templo estaba pintado de rojo.

Durante la fiesta se oía el sonoro redoble de los tambores en el pórtico cerca de la puerta mayor, mientras que en presencia de la divina imagen dos grandes campanas de penetrante sonido eran repicadas por los sacerdotes. El piso se encharcaba de sangre. Una hora después de la salida del sol grandes rebaños de reses, cabras y corderos eran llevados al templo por los piadosos Hindus, hasta que se cansaban los brazos de los sacerdotes que tenían que cortar con largas espadas el cuello de las víctimas aseguradas con fuertes tenedores de madera. Afuera, á poca distancia del templo, estaban los vendedores del grano favorito de los monos, que ofrecían en venta en grandes canastos. Los peregrinos compraban allí á buen precio el alimento para los animales sagrados de la diosa, y si no poseían vasijas, empleaban pulimentados platillos de bronce que pedían prestados á los vendedores. Los monos que no estaban aún satisfechos, se unían en manadas para ir á encontrar á los recién venidos, y arrebataban gustosos el alimento de las vasijas que se les presentaban. Sucedía con frecuencia que un comensal de gran cola, arrebatase el platillo de un adorador, y con un alegre chillido, derramando la mitad de su contenido, trepaba á un árbol y de allí á la parte superior del templo. Los otros monos no permitiendo que uno sólo gozara de su robo, corrían chillando detrás de él y empezaba una feroz batalla por obtenerlo. Después, varias veces, el plato de metal caía resonando desde el techo del templo sobre las cabezas de los Hindus agrupados á la entrada, aumentando así el tumulto y la confusión general. Los que eran bastante afortunados para entrar al templo, se abrían paso, empujando, despreciando y chillando, hasta llegar al espacio delante de la imagen de la diosa, sacaban la lengua y dirigían á sus adoradores miradas de compasión. Con genuflexiones y gritos de "¡Salve, Durga, gran madre!" se colocaban delante de ella ramos de flores, ó se derramaba leche, arroz y granos en el piso sin distinción.

Los rayos del sol callendo sobre la multitud de ofertas, descomponía aquellas bagatelas, produciendo una horrible fetidez que las apiñadas masas no parecían notar. Antes de salir ponían mo-

nedas de plata y cobre en un plato de peltre que estaba bajo el especial cuidado de un sacerdote voluntario. Miraba con aspereza y exclamaba á intervalos con una voz tan alta que dominaba el penetrante toque de las campanas y los gritos de la multitud.

—Durga, la madre de todos no está contenta con vosotros. Le habéis dado de comer y beber, pero no le dáis dinero bastante, y por esto la diosa os dejará perecer, á vosotros y á vuestros hijos. Si ella está para vencer en el conflicto con los demonios debemos auxiliarla con nuestras dádivas, y así necesitamos dinero, mucho dinero.

Entonces los que salían metían las manos en sus bolsillos y las monedas resonaban en el plato, que tan luego que estaba casi lleno, era vaciado por el sacerdote con un movimiento rápido é inadvertido.

Entre los presentes estaban dos Europeos, que estando á un lado miraban con manifiesto disgusto aquella confusión en el templo. Eran el recaudador de Benarés y el oficial que mandaba el batallón inglés acuartelado fuera de la ciudad.

—No entremos —dijo el primero—no puedo sufrir ese ruido ensordecedor y esa horrible fetidez, basta con ver una sola vez.

El oficial asintió, y observó con ironía:

—Este es entonces el pueblo cuya "sabiduría" que nuestro buen White se toma la molestia de estudiar. Día con día se sienta en casa para dedicar al estudio todas las horas desocupadas que niega á nuestra compañía. ¡Si él quisiera venir algunas veces á jugar billar con nosotros! Yo no puedo comprender á ese hombre.

—Yo conocí á White en Cxford donde estudiamos juntos—dijo el recaudador.— Es hombre hábil, y siempre era el mejor en sus cátedras. Siempre ha sido algo excéntrico y aun entonces evitaba la compañía de sus camaradas. Hace doce años me dijo que quería entrar al servicio civil en la India únicamente para tener la oportunidad de estudiar la filosofía Hindu. Para esto estudió con empeño el Sanskrito. Tiene sus modales peculiares, pero intransigente y no se aparta de ellos. Nuestros principales empleados lo estiman en extremo por su brillante carrera, de otro modo siendo tan joven, no habría obtenido tan lucrativa posición.

Esto, sin embargo, no pareció impresionar al oficial que sólo repitió con gran desprecio:

—¡La filosofía Hindu!—y añadió, señalando á varios Hindus que estaban cerca alimentando con reverencia á los monos—hermosa filosofía que enseña á la gente á adorar á los brutos!

—Sí —dijo riendo el recaudador—pero supongo que los fines del Brahman de quien White es uña y carne son más elevados.

—No lo creo—dijo el oficial con el aspecto de un hombre que cree que su opinión es el punto final sobre materias que le son desconocidas—*nigger* es *nigger*.

Los dos caballeros no sabían cuán cerca estaba el Brahman de quien hablaban; porque á ese tiempo Ramchandra pasaba con el Purohit á quien conocimos en la casa de Krishnadas. El último dirigió una mirada al templo y observó:

—He aquí la canalla de nuestra ciudad y los sacerdotes que la consienten. Lo bueno es que en nuestro país sabemos servir á los dioses de diferentes modos, la clase baja de este modo y la alta de otro. ¡Pero qué contraste! Qué distinto nos parece el carácter de la divinidad, los instruidos Brahmanes, que estos mal educados sacerdotes de los templos públicos. Realmente, debemos reconocerlos también como Brahmanes, Brahmanes son sin duda.....pero están más lejos de Brahma que nosotros. No saben nada de nuestros sagrados libros, y sus métodos de adoración divina son necios. Sólo una cosa debo elogiarles, saben gobernar las almas de las masas. Respecto de ésto podíamos aprenderlo de ellos. Oh, Ramchandra, no debemos cansarnos en nuestra obra de conservar nuestras mejores clases conocidas, al menos todas las que están ahora bajo el dominio de los Sahibs. Pero Ramchandra, qué te pasa? ¡Parece que no me oyes!

Ramchandra volviendo en sí de su meditación, se excusó.

—Estaba absorto al estar vos hablando. ¡Ay de mí! nada me ha conmovido tanto como lo que ví ayer en casa de Krishnadas. No dormí ni un momento en toda la noche, y al levantarme para tomar un libro con el objeto de tranquilizarme, mi cabeza vacilaba; oía el desesperado grito de Lilavati.....lo oigo aún.....oh, eso es horrible!

—Ramchandra—dijo el Purohit—eres joven é impresionable. Cuando seas viejo como yo, sabrás que pueden suceder á los hombres peores cosas que lo que viste ayer. Ruega á Brahma que dé á tu alma la paz que sólo concede á sus elegidos..... paz con la cual el sagrado Ganga ha inundado nuestra ciudad por miles y miles de años.

—Trato de hacerlo—contestó Ramchandra tristemente—pero no puedo. Resuena constantemente en mis oídos: "¡Agua, agua, sólo una gota de agua! ¿Por qué fué el día de ayuno de la viuda ayer, precisamente ayer?

—¿Por qué? Y tú me lo preguntas, Ramchandra? ¿Crees que el curso regular del día y de la noche pueda cambiarse por una viuda atacada de fiebre? Porque un hombre se muere, se cambiará el orden del universo?—Así habló el Purohit impresionado. Se detuvo, y preguntó con voz extraña:—Dime, Ramchandra, cuando Gopa en su ceguedad ayer iba á llevar agua á la enferma, cumpliste con tu deber al tratar de impedírselo?

—Sí en efecto; pero dudo si estuvo bien hecho.

—¡Dudas si estuvo bien hecho!--continuó el Purohit.—Tú mismo estás atacado de fiebre si dices eso, Ramchandra, tú, para quien nuestras santas leyes eran consideradas como las mejores. Te aconsejo que vuelvas á casa á dormir.

—Pero decidme—dijo lentamente Ramchandra, que apenas había notado la indignación del Purohit–si, como vuestro credo lo enseña, el hombre, en todas las cosas que experimenta ó sufre, sólo está cosechando el fruto de sus propias necesidades, si sólo recibe la recompensa por las obras que ha hecho en ésta y en anteriores existencias, de qué nos sirven entonces los dioses?

El Purohit replicó:

—Asignan las recompensas por las obras y conducen á los piadosos á las buenas acciones. Penetran el corazón del hombre porque son omnisapientes y todopoderosos.

Ramchandra interrumpió al Purohit:

—Omnisapientes.....entonces deben haber sabido que Lilavati, la viuda, moriría en día de ayuno. Todopoderosos.....entonces podían haberlo evitado. Yo creía que el mayor atributo de los dioses era la misericordia, pero estaba en un error, puesto que ellos no debían haber permitido que Lilavati pereciera.

—¡Detente, blasfemo Ramchandra!— exclamó entonces el Purohit lleno de indignación.—Los dioses son misericordiosos. ¿Puedes, con tus torpes ojos, comprender sus designios? Contemplas esta miserable vida y no crees en el cielo de innumerables causas en que las creaturas son tratadas y educadas por los dioses, hasta que, purificadas del polvo de las cosas terrenales, las acercan, y al fin de su carrera, entran al gran seno de Brahma. Sin embargo, no hables de la bondad y misericordia de los dioses; piensa mejor en sus ordenanzas y leyes. ¡En ellas descansa el mundo! Los Sahibs siempre hablan de su Dios bueno y misericordioso. ¡Así lo es, en realidad! ¡Ahora lo comprendo todo! El trato constante con el Sahib te ha echado á perder. Yo deseo que ese maldito bárbaro.....

Ramchandra al momento interrumpió al indignado hombre con estas palabras:

—Deteneos. No lo conocéis. El Sahib es bueno, tan bueno como vos.

—Eres irreverente, Ramchandra—dijo el purohit inmediatamente—el rápido adelanto en tus estudios te ha cegado. Ya no respetas ni la edad ni la experiencia; lo he notado hace tiempo con pesar.

Ramchandra se sintió abatido. Comprendió que había ido demasiado lejos, y contestó:

—Perdonadme, digno señor, pero temo que no me sea posible cambiar. Cuando alguno hace una injusticia á mí ó á otro el furor me sobrecoje como un ciclón que arroja hasta el cielo las olas del oceano. No puedo evitarlo.

El Purohit se calló algún tiempo, después dijo en tono más humilde:

—Ramchandra, por qué no sigues mi consejo? Debes tomar esposa; creeme, una vida de soltero no es conveniente para una alma del temple de la tuya.

Ramchandra hizo un gesto de impaciencia, pero el Purohit continuó:

—Lamento que tus padres no te hubieran casado cuando niño; pero aun nada se ha perdido. Las más distinguidas familias de nuestra raza te darían con gusto una de sus hijas.

—¿Por qué tanta prisa?—contestó Ramchandra. —Muchos Brahmanes permanecen solteros toda su vida. Yo haré lo mismo.

—Muy pocos elijen el estado de celibato—dijo el Puroit con tono significativo—y son de naturaleza diferente de la tuya.....quietos, gente tranquila, que encuentra la mayor felicidad de la vida en renunciar al mundo, en la contemplación de Dios.

—Sabéis—dijo el joven—que yo he tenido un ardiente amor al estudio; soy también ambicioso; aborrezco los términos medios. No, la vida del matrimonio no es para mí.

—¿Es esa la única razón, Ramchandra?—preguntó el Purohit insidiosamente, y al verlo con sorpresa el joven, francamente replicó el Purohit sintiéndose evidentemente satisfecho:

—¡Sí, ciertamente! Te creo, Ramchandra. Por mi parte no creo que la mujer y los hijos te impidan dedicarte al estudio é investigación; pero tal vez puedan curarte del hábito de considerar. Piensas demasiado. Nuestros caminos se separan aquí. ¡Adiós!

El Purohit dejó á su joven compañero en las cercanías del Ghats.....construcciones á modo de callejones á lo largo del Ganges. Ramchandra continuó su camino con el deseo de asistir á la cre-

mación del cuerpo de Lilavati, que debía verificarse algunas horas después de la puesta del sol.

VI.

El SAHIB y el AGHORI.

El sol empezaba á sepultarse en el ocaso cuando Ramchandra llegó á la bien conocida Burning-Ghat sobre la ribera. Recordaba las últimas palabras del Purohit y hablaba casi en voz alta:

—¡Pienso demasiado! ¿Qué no se me permitirá hacer eso? ¿Qué no pretende pensar todo el mun- y todo lo que está en él? Por donde quiera que dirijo la vista encuentro enigmas insolubles. El curso de la naturaleza no es un misterio y no me toca decifrarlo? Aun nuestros sagrados libros, no están llenos de problemas, y, aun me parece, que de contradicciones? Los maestros consideran las contradicciones como aparentes, ó como puestas ahí sin intención, de modo que el investigador tiene que ejercitarse en encontrar la verdad. Y todavía, con frecuencia me parece que el contexto se separa de la explicación del maestro. ¡Oh! todavía estoy lejos, muy lejos de la otra playa de nuestra ciencia, donde habita la paz. Lucho con el torrente, y quiero pasar, pero muchas veces la corriente me arrebata, como arrastrándome á un insondable abismo. ¡Paz Ramchandra! No perecerás, si te cojes de la única cosa que está firmemente adherida, que ha desafiado y desafiará á todas las tempestades..... las leyes del Brahmanismo.

De pronto sus pensamientos tomaron otro giro.

—Pero qué quería decir el Purohit cuando me miraba con tanta fijeza al preguntarme si mi insaciable sed de conocimientos era la única razón para vivir sin casarme? ¿Qué quería decir? ¡Disparates!

Aflojó el paso, porque casi había llegado al Burning-Ghat.

—Hoy el cuerpo de Lilavati será entregado á las llamas—pensó.—Ella misma se detiene donde quiera y goza de la mayor felicidad que le toca como recompensa de su vida laboriosa. ¡Pero qué vida era la suya? Más miserable que la de una adiva ó perro de Pariah, que roé huesos y humedece su sedienta lengua cuantas veces quiere. ¡Y cuántos miles y millones de viudas han sufrido así! Aun Gopa quizá.....insoportable pensamiento!

Sus labios temblaban, y dirigió la vista hacia arriba. Allí vió á Mr. White, el Juez, su discípulo, sentado sobre un bloc de piedra, y teniendo una tabla en su mano, en que dibujaba las construcciones de mampostería que frangeaban las riberas del río.

Ramchandra se acercó saludándole:

—¡Salaam, Sahib!

Mr. White levantó la cabeza y dijo:

—¡Bien venido, Ramchandra, Salaam! Sentaos conmigo un rato. Me gusta este lugar y estoy aquí desde en la mañana viendo á los bañadores Hindus. Tan seguido como vengo á los Ghats, veo con nueva delicia esa multitud de alegres costumbres. ¡Cuadro realmente maravilloso! Quisiera ser artista y poderlo pintar.

—Mira Sahib—contestó el Brahman—cuando yo veo el baño de la mañana de los Hindus, me asalta un sentimiento muy diferente. Para mí la devoción de las masas me impone; un himno brota de mis labios al ver cuántos miles son impelidos por la santa inspiración.....

Mr. White se sonrió:

—O por el poder de la costumbre.

Ramchandra frunció el ceño, pero sin inquietarse por la interrupción continuó:

—Para lavar con un baño en el Ganges los pecados del día anterior. Y vos llamas "un cuadro maravilloso," y deseáis pintarlo. Nunca os entenderé.

—Es mejor que yo os entienda.

—Bien—dijo Ramchandra—tenéis la ventaja de saber más de nuestro pueblo que yo del vuestro. Decidme, Sahib—continuó después de un momento de reflexión—cómo es que vos, que cifráis tanto valor en la pureza; que traéis siempre ropa penosamente arreglada, podéis comer y beber delante de un pueblo que no es de vuestra clase? ¿No sentís contaminaros?

—No, Ramchandra—replicó el europeo riendo. —¿Por qué habría de contaminarme? Se os ha inculcado esa idea, tal vez desde vuestro nacimiento; heredado de generación en generación durante varios siglos, desde que se estableció esa costumbre.

—¡La costumbre!— exclamó Ramchandra—desde que se estableció la costumbre! No creéis entonces, que la ley es tan antigua como el mundo, que fué la voluntad del creador desde el principio, sobre este santo suelo de la India, para separar las castas en todas las necesidades de la vida. Pero no, vos no podéis comprenderlo, no discutamos sobre eso. Decidme algo más. Vosotros Sahibs, que sois tan políticos y conocedores del mundo, que habéis subyugado la tierra, que ponéis las fuerzas misteriosas de la naturaleza á vuestra dis-

posición, como es que seáis tan ciegos para vigilar tan poco á vuestras esposas, la más sagrada posesión del hombre. Vuestras mujeres viven como vosotros vivís, hacen lo que les parece bueno hacer, van á donde quieren; se chancean con otros hombres como con sus propios maridos.....

—Y sin embargo son tan virtuosas como vuestras mujeres indias—intertumpió Mr. White.—La verdadera virtud no necesita guardianes, se defiende sola. Aprended á conocer nuestras mujeres, Ramchandra, y conoceréis su naturaleza.

—Os creo, Sahib, porque se que no me engañáis—dijo Ramchandra. Agitando la cabeza continuó:—Pero es extraño, lo más admirable. ¿Creéis que á las mujeres indias se les pueda conceder libertad ilimitada.

—Ciertamente, si son educadas como las nuestras.

—Por supuesto, esto es imposible. Vuestras costumbres son raras, incomprensibles. Cómo vosotros coméis y bebéis juntos, así os casáis promiscuamente, de manera que ninguno puede decir de qué clase ó naturaleza son sus hijos!

—Sí, Ramchandra—dijo el inglés—nos casamos como decís, promiscuamente, justamente como la educación y circunstancias, y sobre todo el afecto nos ligan.

—¿Y aprobáis eso? No quiero referirme á nuestras leyes, que para vosotros nada significan. Pero mirad en todo á la naturaleza. ¿No manifiesta ella la divina ley? ¿No véis que en todos los animales cada especie vive por sí misma? ¿No evitan la compañía de las otras? ¿Se desposa el tigre con la pantera ó el águila con el buitre? Y entre los hombres debe el Brahman casarse con la hija del comerciante, el comerciante con la hija del soldado, ó el soldado con una virginal doncella?

—¡Incomprensible ceguedad!

—No, Sahib, vos sóis el ciego que no véis los límites que han sido establecidos por los dioses celestiales. Vosotros, en vuestra locura, los habéis destruido, y por esto la redención está muy lejos de alcanzarse para siempre.

Aquí otra vez, Ramchandra—dijo Mr. White con calma—tocáis algo acerca del cual mi opinión es diferente de la vuestra. La redención, es decir, la emancipación del alma individual de las penas de la mundana existencia, todos los vuestros sistemas que he estudiado con vos, proponen llegar á ella por medio del entendimiento, por éste ó aquel conocimiento. Yo busco la redención por la moralidad, y creo que todos pueden adquirirla en esta vida. Los discípulos de Budha, los iluminados, que vosotros Brahmanes habéis sacado de nuestro país aproximándolos más que vosotros á la verdadera inteligencia de la redención. No os enfadéis, Ramchandra, y contestadme una pregunta más. ¿No pertenecen á la sola especie humana, todos los que habéis mencionado, el Brahman, el comerciante, el soldado, la doncella y todas vuestras distintas castas?

—No—contestó Ramchandra con decisión—la palabra *hombre* sólo designa la semejanza de estructura, significa un ser que tiene cabeza, tronco, brazos y piernas, pero no significa raza.

—Debía haber estado preparado para esa vuestra respuesta—dijo el Juez. Estuvo pensativo por algún tiempo y después preguntó:—Por supuesto no dudáis, Ramchandra, que corre por tus venas la sangre del Brahman perfectamente pura y sin mezcla?

—¡No!—contestó Ramchandra con aspereza—y os pido que no lo dudéis. Me tocáis en lo más sagrado, en mi única posesión.

Pero Mr. White no acostumbraba darse por vencido cuando tenía algo en su alma.

—¿Habéis visto alguna vez—preguntó—vuestro rostro en un espejo?

—Ciertamente—contestó el Brahman con enfado—pero á qué viene eso?

—Entonces debéis haber visto que vuestras facciones son distintas á las de los Brahmanes de esta tierra.

—No es de extrañar, soy natural de Rajputana.

(Continuará.)

AVISOS.

JESUS DIAZ DE LEON.

La HUERTA y el JARDIN

Obra ilustrada con numerosos grabados.

Con este título nuestra casa acaba de editar una obra pedagógica, elaborada por la docta pluma del distinguido escritor Dr. Jesús Díaz de León, y cuya obra es el complemento del primer grado que con el nombre de "Nociones de Agricultura" sirve de texto en casi todas las escuelas del país desde hace tres años. Esta serie deberá cerrarla un tercer tomo titulado "La Selva y el Prado," que formará parte de los estudios de grandes cultivos agrícolas y corresponderá al último año de la enseñanza escolar.

La Huerta y el Jardín viene á llenar un vacío que el ilustrado pedagogo había previsto y que por lo mismo se ha apresurado á no dejar hueco alguno en sus labores. La escuela primaria para niños, la escuela rural, la escuela normal pueden aprovechar perfectamente las Nociones de Agricultura, pero falta un libro que llevando el mismo objeto,

tratando sobre el mismo ramo fuese perfectamente adaptado á las escuelas de niñas, más aún, que comprendiese materias cuyo conocimiento sea indispensable á los niños y á las niñas, previendo con ellos al horticultor, y al alma del hogar. El estudio del huerto, de la huerta y del jardín es de la mayor importancia y de grande utilidad para la mujer, pues con aquel se le abrirán nuevos horizontes á la que hoy deja sin cultivo algún pedazo de tierra en las propiedades del hogar ó deja de cultivar muchas plantas porque ignora hasta los procedimientos más vulgares de la rutina, pero cuando la instrucción despierte sus tendencias laboriosas hacia una ocupación que siempre es grata al bello sexo, entonces, cada hogar será un jardín de aclimatación y de experiencia y cada pedazo de tierra propio que hasta hoy ha sido un barbecho inútil, acabará por convertirse en un pequeño huerto ameno y productivo. Tal es la aspiración que tiende á realizar esta obra si el profesorado mexicano la acoge bajo su protección como ha acogido todas las obras pedagógicas que ha dado á la prensa el Dr. Díaz de León.

La Huerta y el Jardín es una obra escrita para las escuelas de ambos sexos en las cuales lleva un doble papel perfectamente comprendido por el autor y hábilmente desarrollado en el plan de la obra. En las escuelas de niños sirve de recordación á la vez que es una ampliación de los estudios agrícolas emprendidos en el primer grado: en las escuelas de niñas forma un curso completo y único de botánica, comprendiendo las generalidades de esta ciencia y sus principales aplicaciones á los cultivos de frutales, de legumbres, de flores, y las principales reglas estéticas para la formación de los jardines.

Recomendamos á la atención del Profesorado Mexicano esta obra que indudablemente ocupará su lugar correspondiente en el material escolar, siendo también un libro útil é interesante entre los libros de consulta y entretenimiento en el hogar, pues siempre encontrarán las señoritas aficionadas al cultivo de las flores, algo bueno y algo nuevo que aprender al hojear sus páginas.

Por último, esta obra, además de llenar su objeto como obra de texto, es un libro muy apropósito para servir de premio en las escuelas, ó bien para hacer un obsequio importante y de poco costo á las niñas que siguen los cursos de ciencias naturales en la escuela primaria.

De venta en la Librería de la Vda. de C. Bouret.—5 de Mayo, 14.—México.

LECCIONES DE COSAS

Año preparatorio de la enseñanza de las Ciencias Físicas y Naturales al alcance de los niños, escrito para las escuelas primarias

—POR EL—

Doctor Jesús Díaz de León,

autor de las "Nociones de Agricultura," "La Enseñanza Moral en la Escuela Primaria," "Curso de Raíces Griegas para las Escuelas Normales," etc., etc.

COMPRENDE

La guía del Maestro y el texto para el niño.

OBRA DE TEXTO EN LAS ESCUELAS OFICIALES Y PARTICULARES EN CASI TODOS LOS ESTADOS.

Primer grado.—Libro escrito para el Segundo año escolar conforme á la Ley reglamentaria de la Instrucción obligatoria en el Distrito Federal y Estados que la hayan aceptado 1 Tomo en 12º con 70 ilustraciones, valor $ 0.40. De venta en la Librería de C. Bouret. 5 de Mayo 14. México.

CURSO DE RAICES GRIEGAS

POR EL

Dr. Jesús Díaz de León

Obra de texto en la Escuela N. Preparatoria.

6ª EDICIÓN DEFINITIVAMENTE REFORMADA.

Obras de texto en varios Colegios, Institutos y Escuelas, tanto oficiales como particulares en los diversos Estados de la República y en la Universidad de San Salvador, C. A.—La obra más completa que hasta hoy se haya publicado sobre esta materia.

Impresa en París.

LIBRERÍA DE LA Vda. DE C. BOURET.—5 de Mayo, 14.—México.

Nociones Elementales de Agricultura,

Para las escuelas primarias especialmente las rurales

—POR EL—

Dr. Jesús Díaz de León.

MAGNIFICA OBRA CONTENIENDO UNOS SETENTA Y NUEVE GRABADOS

Obra de texto en las Escuelas Oficiales en casi todos los Estados de la República Mexicana y en algunos colegios de Centro América.

El mejor premio que puede darse á un niño en esta época es un ejemplar de la obra de Agricultura del Dr. Díaz de León.

Hay ejemplares de lujo con pasta de tafilete y cortes dorados á $ 1. 00 el ejemplar.

Pasta holandesa. $ 0. 50 el ejemplar.

Pueden dirigirse los pedidos á la librería de la Viuda de C. Bouret. México, 5 de Mayo 14.

Excelente oportunidad para dotar de textos de Agricultura las escuelas públicas, premiando la aplicación de los niños con un ejemplar de esta obra.

EL LIBRO DEL HOGAR

—POR EL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Consejos á las madres para conservar la salud de sus hijos y prevenir sus enfermedades.

Obra de grande interés para toda madre de familia, con cuyos consejos puede salvar en muchos casos la vida de sus hijos.

Esta obra no debe faltar en ningún hogar.

De venta en la Librería de la viuda de C. Bouret.—México. 5 de Mayo 14 y en la Imprenta de R. Rodríguez Romo.—Aguascalientes. Calle de Zavala, letra C.

☞ Precio del ejemplar á la rústica, $ 0.62 cts.

Imprenta de Ricardo Rodríguez Romo.

CALLE DE ZAVALA, LETRA C.